

La diáspora cultural mexicana y la proyección de imaginarios en el exterior

Edgardo Bermejo Mora

El propósito de este artículo es destacar la diáspora cultural mexicana; esta otra comunidad en el exterior, vinculada con la cultura y las artes desde una condición de excelencia y altos niveles de reconocimiento fuera de México. Se trata de una comunidad dispersa por el mundo, domiciliada en el barrio sin fronteras que es la aldea global, que mantiene vínculos importantes con México y reconoce en su *mexicanidad* (elusiva, explícita o incluso reticente, retórica y crítica) un referente de identidad de gran relevancia para nuestro país. Cabe señalar que esta diáspora mexicana construye imaginarios de la nación en el exterior, otorgando activos culturales a manera de remesas intelectuales y culturales que regresan una narrativa distinta a la tradicional. En ello reside la importancia de prestar atención a estos “otros-nosotros”, aquellos que construyen una épica cultural diversa, asociada con logros muy relevantes y que contribuyen al esfuerzo por ampliar la reputación de México en el exterior. Éste no es un estudio exhaustivo, más bien una selección de figuras visibles con amplia aceptación y reconocimiento internacional.

¿México avanza?

Hay muchas maneras de narrar al México contemporáneo. Una posible es desde la lamentación y desde el mirador de Casandra, haciendo referencia a un país que se nos ha ido de las manos, por todas las cosas que no hemos hecho y que tarde o temprano nos avasallan. Otra más consiste en instalarnos en la comodidad del statu quo, donde una especie de fatalismo nos obliga aceptar que somos incapaces de aspirar a más. Una tercera es pensar que a pesar de todo hay un horizonte que se vislumbra mejor y que, con una mirada generosa, se pueden detectar logros y avances. En un artículo reciente Gabriel Zaid escribió:

Que los tenores mexicanos (Ramón Vargas, Francisco Araiza, Rolando Villazón, Fernando de la Mora, Arturo Chacón-Cruz) canten en la Scala de Milán dejó de ser asombroso. También se ha vuelto normal que *Le Monde* comente libros mexicanos traducidos al francés. Elisa Carrillo debuta como *prima ballerina* en el Ballet de Berlín y antes lo hicieron Lupe Serrano en el American Ballet Theatre de Nueva York, Lucía Díaz en el Béjart Ballet de Lausana y Elena Carter en el New Zealand Ballet. Demian Bichir y Emmanuel Lubezky llegaron a la lista final de los Óscars. *El laberinto del fauno* de Guillermo del Toro fue un éxito mundial de crítica y taquilla, en el festival de Cannes recibió un aplauso de 22 minutos. Obtuvo Óscars para Guillermo Navarro y Eugenio Caballero, así como el premio británico Best Film Not in English Language y siete Goyas en España. Costó 19 millones de dólares y recaudó 83. [...] Tatiana Bilbao obtuvo el premio de arquitectura de la Berliner Kunstakademie. Mario Molina obtuvo el Premio Nobel, como antes Octavio Paz y Alfonso García Robles. José Emilio Pacheco obtuvo el Premio Cervantes, como antes Octavio Paz, Carlos Fuentes y Sergio Pi-

tol. La UNAM obtuvo el premio Príncipe de Asturias, como antes la revista *Vuelta*, el Fondo de Cultura Económica y El Colegio de México. [...] Si estos no son avances, ¿qué serán?*

El de Zaid es un alegato a favor del país desde el más documentado entusiasmo y no deja de sorprender que lo escriba (en la brevedad efímera de una colaboración periodística) un intelectual que al mismo tiempo ha sido un crítico severo y un observador obstinado de nuestro entorno político y económico. El autor pone en el centro una de las mayores certezas que permiten a México repensar la manera en que han de utilizarse las herramientas de la diplomacia cultural y de la acción cultural en el exterior en la segunda década del siglo XXI. Su propuesta consiste en advertir la condición cosmopolita y el prestigio internacional de nuestra comunidad artística e intelectual, que ha logrado traspasar las fronteras y establecerse en otros países con éxito; se trata de una comunidad de altísimo valor cultural agregado que reconoce su doble apego a lo que podría considerarse la tradición occidental, globalizada y al mismo tiempo, rabiosa o sutilmente local, que es como se podría definir a lo mexicano en nuestros días: una travesía a caballo entre lo universal y sus múltiples particularismos.

Con un pie en la tradición y otro en el cosmopolitismo, en su afán de renovación creativa, comprometida en la construcción de nuevos paradigmas de lo mexicano en el ámbito internacional contemporáneo, esta diáspora busca, de manera continua, redefinir un *ethos* cultural para una generación viva de creadores e intelectuales mexicanos, en la que confluyen, a su vez, varias generaciones en activo, como pocas veces las hemos tenido en la historia de este país. Me refiero a una co-

* Gabriel Zaid, "México avanza", *Reforma*, 27 de mayo de 2012, p. 10.

munidad diversificada, poseedora de lenguajes inéditos, nuevas tecnologías, herramientas novedosas para la promoción, nuevos mercados y formas de consumo, y sobre todo, referentes actuales del accionar cultural, en un espacio de fronteras diluidas, géneros que se entrecruzan y disciplinas que dialogan y se funden en algo diferente, cuyo común denominador, en todo caso, es su intensiva internacionalización como imperativo para establecer un canon propio.

Hay que tomar en cuenta que la mayoría de las personas de esta diáspora cultural de excelencia ha recibido su educación básica o universitaria del Estado mexicano, del mismo modo que en algún momento de sus carreras se han visto beneficiados con los diversos programas con los que en México se estimula a la creación artística —becas del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (Fonca), premios nacionales y estatales, financiamiento a la producción, entre otras— y a la formación universitaria de excelencia —becas del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) y de otros fondos públicos y privados para estudios en el extranjero—.

Se entiende por diáspora cultural a los artistas, promotores culturales y creadores intelectuales mexicanos de alto nivel residentes en el extranjero, cuya obra y acciones han obtenido reconocimiento nacional e internacional en sus diversas disciplinas y campos, o bien, que ocupan cargos de alto nivel en instituciones internacionales como promotores culturales o académicos. Se trata tanto de personalidades de la cultura mexicana con carreras plenamente consolidadas e internacionales, como jóvenes de media carrera con talento excepcional y con obra en plena expansión. Hablo entonces de un número considerable de artistas e intelectuales que han construido y construyen su obra desde la condición de extranjería, al residir por elección profesional o por motivos personales en otros países de manera permanente. Estos creadores se suman

a una tradición de diálogo cosmopolita con otras culturas e idiomas que caracterizan a nuestro quehacer cultural; ratifican su condición transfronteriza, y desde esa alteridad privilegiada construyen uno de los principales rasgos de la cultura mexicana del siglo XXI. Su actividad y notoriedad nos ponen frente a un activo cultural de gran calado en la consecución de los intereses nacionales, como la potencia emergente que deseamos ser, y la conquista de los espacios simbólicos que demanda nuestra posición en la geografía multipolar e inestable del presente. No obstante, hasta ahora no se han realizado acciones que de manera sistemática articulen y brinden apoyo institucional a este conjunto de experiencias, a fin de poder capitalizar y potenciar su condición de altos representantes de México fuera de nuestras fronteras, nuestros “agregados culturales” en el sentido más ambicioso, real y profundo de la expresión.

La diáspora cultural e intelectual a la que hago referencia forma parte de *la otra migración mexicana*, asumiendo que nuestro país se ha definido por su elevada tasa de migración, especialmente a partir de la Segunda Guerra Mundial. Pero la otra migración a la que nos referimos, la de la diáspora cultural mexicana, ha dado ya resultados positivos en un sentido muy distinto a la manera en que se ha cuantificado ese otro fenómeno demográfico que marca la agenda mexicana con Estados Unidos y Canadá.

Estamos frente a una diáspora cultural que genera un valor simbólico, cualitativamente distinto a la mera inyección de divisas frescas, que representan las remesas de los millones de mexicanos establecidos en el exterior. Ellos contribuyen con lo que podríamos definir como las *remesas intelectuales de México*, cuya aportación al desarrollo del país y a la construcción de sus vínculos con el mundo resulta de primer orden y de una importancia estratégica. Éste es un tema no abordado

en su peculiaridad, sus potencialidades y que ciertamente invita a diseñar acciones de gobierno para multiplicar su efecto y capitalizarlo en beneficio del país y de los mismos creadores. Éste es un asunto que se mide en todo de formas distintas a las convencionales: en obtención de premios, en exposición mediática, en el valor de una pieza en los mercados del arte, en los ingresos en taquilla, en el volumen de regalías o los contratos de traducción. Pero su fuerza reside, de manera muy especial, en atraer la atención de públicos externos hacia la identidad mexicana. Para México, su diáspora cultural es una fuente privilegiada de *poder suave* en el sentido de su capacidad de atracción. Como es bien sabido, las nociones de cultura y poder suave van de la mano, aunque no todos lo entienden de esta manera. En el caso de México, ese entendimiento se ha dado más bien en la práctica, como quedará establecido en este artículo que plantea una propuesta concreta de acción cultural en el exterior y que puede, al mismo tiempo, ser instrumentada desde las herramientas de la diplomacia cultural y concebida desde los referentes conceptuales del poder suave.

¿Poder suave mexicano?

¿Cómo puede México, desde su tradición de política exterior, generar las estrategias que articulen nuestro propio entendimiento de *poder suave*? Este concepto es una invención francesa del siglo XVIII puesta en escena por Armand Jean du Plessis, cardenal y duque de Richelieu, y actualizada por los estadounidenses en plena globalización a finales del siglo XX. Al respecto, Joseph Nye argumenta que Estados Unidos se había convertido en la nación más fuerte en el mundo, en términos militares y económicos, pero que, al explicar la hegemonía mundial de su país, también había que considerar factores como la libertad, la

democracia y la cultura. Entonces, el concepto ha sido utilizado como la capacidad de avanzar los intereses específicos de una nación no mediante el uso de la fuerza, o la coerción, sino frente a la persuasión *suave* de la cultura, la educación y los valores democráticos. Nye sugirió que este poder puede ser cultivado por medio de las relaciones con aliados, la ayuda económica, la cooperación y los intercambios culturales.

Con base en lo anterior se propone lo siguiente: primero, la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE) en coordinación con el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta) deben organizar un mapa del talento artístico e intelectual mexicano de alto nivel fuera del país. Segundo, con las herramientas de la promoción y la gestión cultural institucional, se deben orquestar acciones en el ámbito de la cooperación y la promoción cultural en favor de la imagen de México en el exterior. Tercero, en la coyuntura del cambio de gobierno, emerge la oportunidad de reposicionar y dotar de nuevos contenidos y nuevas aproximaciones narrativas a la construcción de la identidad de México en el exterior, que, a su vez, abona a una imagen internacional distinta. El cambio semántico es muy importante luego de que en los últimos años nos hemos vinculado con los temas del narcotráfico y la violencia, lo que ha significado un reto mayúsculo para nuestra diplomacia.

Cabe reconocer que parte del camino ya está avanzado. Existen experiencias en la construcción de redes como la Red de Talentos Científicos y Tecnológicos, que desde 2008 ha impulsado, de manera coordinada, el Instituto de los Mexicanos en el Exterior (IME) de la SRE y el Conacyt. Por su parte, la Secretaría de Turismo ha ensayado lo que se podría definir como la *diplomacia de las celebridades*, al nombrar, en un intento más bien limitado y parcial, a un grupo de “embajadores culturales” o “embajadores turísticos” para promover a México como destino elegido, que incluye por igual a un director de orquesta,

un futbolista o una actriz de telenovelas; o bien acudiendo a la contratación de campañas en medios de alcance mundial con la participación de figuras de alto perfil del *mainstream* internacional.

El punto ciego para nuestra política exterior es el de no haber impulsado un programa con estas características, con un plan específico para detonar proyectos multinacionales de promoción cultural de México por la vía de la iniciativa o en asociación con esta red de artistas y creadores que forman parte de esta diáspora cultural.

Remesas intelectuales

El relato de la construcción intelectual de México a lo largo del siglo XX ha puesto énfasis, de manera reiterada, en la influencia que tuvieron para el país las oleadas de migrantes ilustrados durante los años de la posrevolución y la construcción del Estado moderno mexicano. De manera especial para México, el exilio español representó una bocanada de aire fresco que redundaría en la fundación de instituciones clave como El Colegio de México, y en la concentración asombrosa de inteligencias migrantes en nuestro suelo, cuya influencia se ramificó en todos los órdenes; del mismo modo, se reconoce el aporte de los exilios sudamericanos de los años setenta al enriquecimiento y la ampliación del debate ideológico en las universidades mexicanas. De manera que, quizá, es tiempo de reconsiderar este relato de alteridades a partir de un nuevo capítulo: no ya el de las influencias de los exiliados ilustrados en México en un sentido unidireccional, sino tener en cuenta, a su vez, la fuerza y el impacto de nuestros exitosos “exiliados culturales” en la arena globalizada del siglo XXI.

Lo pregunto de otra manera: ¿es posible llegar a construir una percepción internacional de lo mexicano a partir de lo que personas talentosas establecidas fuera del país, como el director de cine Alejandro González Iñárritu, el arquitecto Enrique Norten o el artista conceptual Gabriel Orozco, representan? Mi convicción apunta en ese sentido. Podría argumentarse, con controversia de por medio, que son ellos los mayores representantes de la diáspora cultural mexicana de nuestra generación, ciudadanos mexicanos con pasaporte y cartografías intelectuales abiertas al mundo y, por lo tanto, privilegiados actores de nuestra acción cultural en el exterior. Es momento, entonces, para que desde las acciones de nuestra política exterior se les invite más activamente a generar la atracción y la influencia de ellos y sus grupos en beneficio del país, haciéndolo de forma abierta, sistemática, incluyente y creativa. El hecho de iniciar un debate en este sentido es de mucha utilidad para renovar y enriquecer lo que entendemos como México, pero más importante aún, la manera en que nos ven en el exterior. Hablamos de mexicanos de enorme talento, establecidos en la alcoba cultural o académica del mundo (parafraseando el verso de Xavier Villaurrutia) y que se mueven a sus anchas. Todos ellos tendrían que ser actores e interlocutores obligados, en cualquier estrategia que formule el gobierno mexicano por medio de su Cancillería y sus instituciones culturales, en la construcción de una agenda para la diplomacia cultural de los próximos años. Son nombres y trayectorias que antes que necesitar el apoyo del Estado en la proyección de sus carreras es el Estado el que los necesita para la proyección de sí mismo. Son representantes naturales de México por el solo hecho de su ciudadanía, y su participación en campañas promocionales o en proyectos de difusión cultural en el exterior propuestos por ellos mismos tendría un efecto multiplicador mayor y un impacto mediático acorde con su peso.

Para la elaboración de este artículo identifiqué una primera lista de más de ochenta artistas e intelectuales mexicanos de alto nivel, residentes permanentes en el extranjero. En su mayoría, estas personalidades se han establecido de manera permanente en Estados Unidos, seguido de Europa y en menor medida en América Latina e incluso en el continente asiático. El grupo está conformado por profesionales de diversa índole como actores y cineastas, escritores, artistas visuales, arquitectos, bailarines, músicos, tenores, sopranos, directores de orquesta, chefs, académicos en los campos de las ciencias sociales y las humanidades, periodistas, directores de museos y gestores culturales. De esta primera aproximación, podrían definirse por lo menos cinco categorías, que conducen, a su vez, a igual número de posibles líneas de acción.

El *mexican-mainstream*

Hubo un tiempo en el que el *star system* mexicano produjo sus propios figurones internacionales, al menos para el mundo iberoamericano, con presencias como las de Jorge Negrete, María Félix, Cantinflas o Pedro Infante, a quienes aún ahora se les recuerda fuera del país como embajadores perpetuos de lo mexicano. Hoy tenemos una nueva generación de mexicanos ubicados en el *mainstream* mundial; son los rostros más visibles de nuestra diáspora cultural que caminan en la alfombra roja del planeta, las figuras de talante cosmopolita cuya permanente exposición pública representa un fenómeno artístico y mediático internacional de mayor envergadura.

Es curioso que grandes firmas empresariales internacionales, sean éstas de relojes, automóviles u otros productos, acudan a este tipo de estrategias de posicionamiento internacional (invitando, por ejemplo, a un grupo selecto de los más

prestigiados directores de cine para hacer “promocionales de autor” de una calidad de producción extraordinaria) y que no se haya articulado una estrategia similar para que los grandes nombres mexicanos en la arena fílmica internacional generen un proyecto de altura en colaboración con el gobierno.

Durante el gobierno del presidente Felipe Calderón se intentó algo similar que se llamó Vive México, donde algunos personajes del arte y la cultura nacional fueron convocados, en 2009, para apoyar un esfuerzo de reposicionamiento de imagen. Sin embargo, el programa quedó rápidamente en el olvido. No pienso, por otra parte, en meros promocionales turísticos y en simple propaganda de exaltación nacionalista, sino en aproximaciones creativas, inteligentes y sucesivas a la idea de México y de lo mexicano en la actualidad, capaces de establecer un diálogo novedoso con los interlocutores activos y pasivos del resto del mundo

Los directores de cine Alfonso Cuarón, Alejandro González Iñárritu, Rodrigo García y Guillermo del Toro; la actriz Salma Hayek; los fotógrafos de cine Rodrigo Prieto, Javier Pérez Grobet y Emanuel Lubeszky; los tenores internacionales de la talla de Rolando Villazón y Ramón Vargas, o bien Gabriel Orozco, nuestro más afamado artista conceptual, entrarían en esta definición de un *mainstream* mexicano residente en el extranjero.

Su producción artística y la sola manera en que se proyectan contrarrestan en forma por demás elocuente y natural la idea estereotipada de lo mexicano. El México del sombrero y del tequila, el México de la violencia y la valentía, no es el de estas figuras.

El temperamento intelectual

Pensemos en la influencia académica internacional de personajes como el antropólogo Claudio Lomnitz, de la Universidad

de Columbia, el doctor en Literatura y profesor de Princeton, Rubén Gallo, o el médico y humanista Francisco González Crussi, en Chicago. Todos ellos representan el más depurado patrimonio intelectual de México en el mundo.

Desde sus universidades o centros de trabajo generan pensamiento sobre México, forman a mexicanistas de excelencia, convocan y propician el debate, y coordinan publicaciones sobre nuestro país. ¿No es ésta una función muy parecida a la de un agregado cultural? Lo es, con el ingrediente aún más estimulante de que su ámbito no son las embajadas y sus modestos centros culturales, sino las universidades punteras, que han definido la agenda mundial de las ideas y del conocimiento.

Imagino una convocatoria auspiciada por la Cancillería, la SEP, el Conaculta, el Conacyt, El Colegio Nacional y las principales universidades públicas y privadas del país para llevar a cabo un gran encuentro intelectual, que reúna a un número considerable de estas inteligencias mexicanas de alto rendimiento, distribuidas por el mundo, y que se han logrado establecer en los centros hegemónicos del pensamiento. Debatir con ellos la idea de México y de lo mexicano para el siglo XXI, sugerir líneas de acción para interactuar desde las instituciones mexicanas con su trabajo fuera del país, brindarles apoyo amplio a sus propuestas de acción académica y cultural en favor de México sería un paso notable en la búsqueda de nuevos esquemas para reinventarnos ante el resto del planeta.

En este caso podemos reconocer, por ejemplo, la presencia del escritor Aurelio Asiain, en las universidades de Japón; de Jorge Volpi, como profesor invitado en universidades importantes de Estados Unidos; del historiador Pablo Piccato, que dirige el Institute of Latin American Studies en la Universidad de Columbia; del escritor Eloy Urroz, también destacado académico mexicano en Estados Unidos; de Juan López Pellicer, en Norue-

ga, o del filósofo Ernesto Priego en Reino Unido. La lista es, por supuesto, mucho mayor.

Las figuras emergentes

Es muy significativo que los *spots* de cierre de administración que realizó el Conaculta en coordinación con la Presidencia de la República hayan elegido dos figuras muy notables de esta diáspora cultural a la que hemos hecho referencia: los bailarines Elisa Carrillo e Isaac Hernández, ambos jóvenes mexicanos que se han establecido como estrellas internacionales del ballet, prodigios de su profesión, que suman precocidad y genio en la cima de sus carreras.

Es su caso, como también lo es el de Alondra de la Parra, la joven directora de orquesta con mayor proyección internacional entre los mexicanos del presente, y quien dirige, desde Nueva York, su propia orquesta; el de Valeria Luiselli, la joven escritora mexicana con más traducciones y críticas favorables a su obra de entre los de su generación; o el de Fernando Corona “Murcof”, mexicano establecido hace años en Barcelona y reconocido como una de las máximas figuras europeas de la música electrónica.

Este tercer grupo me parece que constituye el corazón y la esencia del proyecto de reinención de lo mexicano y de construcción de una nueva narrativa para explicarnos como país en conjunción —que no en oposición, con lo extranjero—, conciliados con la idea de “lo otro” como el reverso de “nosotros mismos”.

Es una generación en pleno ascenso, con demostrada capacidad de fincar un territorio internacional para la proyección de su obra, y que ya poco tiene que decir o que agregar en relación con la manera en que construimos la imagen de lo cultural

mexicano hacia el exterior a lo largo del siglo xx: tan cercana a la noción del nacionalismo cultural, la exaltación del cosmopolitismo exótico (el edén surrealista, justiciero y popular) o la manida lectura de las síntesis históricas de México: lo prehispánico, lo barroco, lo moderno, que marcaron la acción cultural del país en el extranjero la mayor parte del siglo xx.

Difundir su trabajo en México, apoyar de manera institucional a la consolidación de sus carreras, invitarlos a presentar propuestas para contribuir a difundir la obra de sus contemporáneos mexicanos se presenta como una alternativa de la cual echar mano, ante la necesaria y acaso urgente búsqueda de nuestros contenidos, nuevos rostros y nuevas visiones para presentarnos y representarnos culturalmente frente al mundo.

La lista en este rubro es sumamente atractiva; tenemos a Rafael Lozano-Hemmer en Canadá, un consagrado artista conceptual con presencia en los museos y las colecciones más importantes del mundo; a Antonio López en Estados Unidos, el más importante baterista de jazz mexicano, quien ha obtenido diversos Grammys en su carrera artística; al escritor Jordi Soler en Barcelona (alguna vez y por corto tiempo agregado cultural); al escritor y cineasta Alain-Paul Mallar en París; al escritor David Toscana en Polonia; a la soprano Rocío Olalde en Suecia; al pintor abstracto Bosco Sodi en Berlín; al pintor y escultor mexicano Gustavo Aceves, en Italia, y a Felipe Eherenberg en Brasil (también un destacado ex agregado cultural de México). Todos ellos con obras consolidadas y en la cima de sus carreras.

Gestores culturales

Tampoco se ha advertido del todo que hay un grupo talentoso de gestores culturales y museógrafos mexicanos ocupando posiciones relevantes en diversas partes del mundo.

Juan García de Oteyza dirige la Fundación Aperture en Nueva York, una de las más importantes del mundo para el arte fotográfico; Roxana Velázquez, el Museo de Arte de San Diego; Julián Zugazagoitia, el Museo de Arte Nelson-Atkins de Kansas; Alejandra de la Peña es subdirectora del Museo de Arte de Puerto Rico, y Pablo Helguera se encarga de la biblioteca del Museo de Arte Moderno de Nueva York.

Cabe mencionar la labor de Sari Bermúdez al frente de la Fundación Cultural del BID en Washington, recientemente concluida, y la de Enrique Vargas en Madrid, quien tiene la subdirección de los Asuntos Culturales en la Secretaría General Iberoamericana.

Todos son profesionales de primer orden para el tema de la gestión cultural; establecer un diálogo con ellos desde las instituciones culturales mexicanas y desde la Cancillería podría ser muy productivo.

Artistas y promotores independientes

Por último, propongo considerar a otros mexicanos vinculados con el arte y la cultura, también plenamente asentados más allá de nuestras fronteras que, como creadores artísticos o promotores culturales independientes, han jugado un papel relevante sin que, salvo excepciones, hayan encontrado en el camino de sus esfuerzos apoyo sistemático, formal y decidido de las instituciones culturales del país al que tanto se empeñan en promover y representar.

Es un grupo que siempre me ha impresionado en mis años de experiencia como agregado cultural. Constituye la base más firme y decidida de los mexicanos dispuestos a representar a su país y a promover la diversificación de esta representación. Cito tan sólo cuatro ejemplos notables.

Santiago Gutiérrez Bolio es un joven guitarrista clásico mexicano graduado como solista con los mayores honores del Real Conservatorio de Copenhague. Con un esfuerzo mayor ha logrado establecerse como músico profesional en Dinamarca, lleva más de tres años empeñado en sacar adelante una plataforma de promoción de la música mexicana contemporánea y de los ejecutantes jóvenes mexicanos en Europa, llamada “Sounds of Mexico”. Para ello, ha obtenido apoyo de las instituciones culturales locales y sólo en forma parcial de México por la vía de la Cancillería y sus embajadas en Europa. No obstante, lo que ha hecho Santiago Gutiérrez es crear un aparato de promoción de la música mexicana ajustado a los esquemas de obtención de recursos privados y públicos de Europa. Un proyecto como el suyo, con financiamiento generoso de México, nos pondría ante la situación ideal de “posicionar el producto” que queremos —en este caso los compositores y ejecutantes mexicanos de las nuevas generaciones— en los espacios reales donde se genera la crítica y se establece el canon europeo para estas disciplinas.

Alina Ramírez es una pianista mexicana con una larga trayectoria en México, que migró a Singapur hace más de una década junto con su esposo Mario López, también músico. En este lapso, además de afianzarse como artistas locales en Singapur, han construido un puente aéreo para promover músicos mexicanos en el vasto y dinámico mercado de la música latina y el jazz en el Sudeste Asiático. En este caso, nuevamente y sólo de manera parcial y limitada, han obtenido algún apoyo oficial de las instituciones del gobierno mexicano.

Marusia Mussachio es una periodista y sinóloga mexicana graduada en Harvard, con más de un lustro de residir en Shanghái, donde se involucra en la promoción de los escritores y los artistas mexicanos. Al mismo tiempo ha desarrollado una aplicación para *iphones* y tabletas para una guía turística alter-

nativa de la ciudad en la que reside. Publica en medios mexicanos su experiencia como periodista en China y hace, en muchos sentidos, las veces de una agregada cultural, pero por su cuenta.

Ricardo Martínez, un joven director de orquesta de 25 años, reside, desde 2010, en Praga, donde aún continúa sus estudios musicales al más alto nivel. Su talento lo ha llevado a dirigir orquestas en Rumania, Lituania y el Carnegie Hall de Nueva York. En 2012 recibió una invitación para llevar una orquesta mexicana al Festival Internacional de Sarajevo, en Bosnia-Herzegovia, y desde entonces ha intentado obtener recursos de las instituciones mexicanas para cumplir esta invitación.

Sirvan estos ejemplos para subrayar la necesidad de establecer redes inteligentes que multipliquen y depuren la acción cultural de México en el extranjero, y para señalar el imperativo que enfrentamos de crear esquemas estables, transparentes y eficaces para brindar apoyo permanente a esta otra porción altamente redituable de la diáspora cultural mexicana, que de manera independiente y profesional se pone al frente de múltiples iniciativas para representar a México, y cuyas remesas intelectuales nos benefician a diario.

Conclusiones

Ésta es una breve aproximación a un universo más vasto que debe incluir necesariamente figuras en otros ámbitos profesionales que no he podido mencionar aquí, como el de las ciencias, la tecnología, los negocios, la culinaria y, en otro orden, la política o los derechos humanos. Debemos aún recabar mucha información y acudir a la colaboración interinstitucional para estar en condiciones de construir, por lo menos, el principio de estas redes del talento artístico e intelectual de México establecidas de manera permanente fuera del país. Sólo con un padrón confia-

ble y representativo, en el cual las legaciones diplomáticas de México podrían brindar un gran apoyo, pueden sentarse las bases que permitan trazar estrategias concretas de acción cultural.

El solo sentido de pertenencia a un grupo de esta naturaleza sería un principio fundador. Enviar una carta personal, firmada al más alto nivel por el gobierno mexicano, para invitar a esta comunidad a formar parte de un proyecto mayor a favor de México, sería indispensable.

De igual manera se podría trabajar, en coordinación con otras instituciones públicas y privadas, en la creación de un premio anual de alto nivel que reconozca estas trayectorias y que lleve por nombre el de alguno de los creadores mexicanos de mayor prestigio internacional, cuya obra se haya construido desde el extranjero. Es importante crear las sinergias necesarias para que los artistas e intelectuales que residen en México también sean favorecidos con este proyecto.

La red de talentos artísticos e intelectuales de alto nivel de México en el extranjero podría, a su vez, hacer las veces de un consejo asesor para la presentación de proyectos estratégicos de fortalecimiento de la imagen de México en el exterior, o bien, para promover la presencia de nuestros creadores residentes en México en los principales festivales, foros y congresos artísticos y culturales del mundo.

A su vez, la red podría ser la nueva plataforma desde la cual ampliar y fortalecer los esfuerzos realizados en el marco de la Cátedra Cultural de México, que estableció el Conaculta a partir de 2010, y por medio de la cual artistas eméritos del Sistema Nacional de Creadores de las más diversas disciplinas ofrecen cursos y conferencias magistrales en algunas de las principales universidades de Estados Unidos.

En el diseño de esta estrategia interinstitucional para tejer un capítulo novedoso de acciones culturales de México en el ex-

terior, acudiendo a nuestra diáspora artística e intelectual mejor establecida en el mundo, la experiencia acumulada del IME, a más de dos décadas de haberse creado el paradigmático Programa para las Comunidades Mexicanas en el Exterior, podría ser de gran ayuda.

Desde su creación en 1990, la formulación de políticas públicas en el gobierno federal en atención a los migrantes, de manera natural y explicable se concentró en Estados Unidos, donde permanece más del noventa y cinco por ciento de nuestros connacionales que salen del país. Y si bien se ha pensado que resultó tardía la construcción de plataformas institucionales múltiples, en atención a ese gigantesco reto que representan los más de treinta millones de hispanos de origen mexicano que viven en Estados Unidos, a más de dos décadas de su creación, es posible reconocer los avances y la experiencia acumulada para la atención especializada de un capítulo de nuestra realidad extremadamente complejo.

La construcción de redes en el exterior no es una tarea sencilla y la experiencia acumulada del IME, de la Cancillería y de nuestras representaciones diplomáticas podría jugar un papel determinante en este sentido, cuando hablamos de crear por primera vez un discurso unitario y una identidad genérica a esa otra gran ola de la migración mexicana de nuestros días, que es su diáspora cultural y sus pingües remesas intelectuales.